Hachemi, a través de los límites

'Lo que falta' reúne relatos del escritor madrileño donde mezcla lo real, lo metafísico y lo fantasmagórico con recursos muy variados

JUAN ÁNGEL JURISTO

La literatura de Munir Hachemi (Madrid, 1989), amén de versátil, tiende a instalarse en los límites, en las lindes de donde es probable, no siempre, se produzca la transformación. Un autor muy consciente del modo en que obra ya que pertenece a una generación formada en las escuelas de letras, no él que parece hizo sus pinitos en un colectivo llamado 'Los escritores bárbaros', un poco al modo Bolaños, y que vendía sus relatos por Lavapiés. De ahí es probable le provenga su obsesión por Borges, autor modélico para los que persiguen cierta idealidad que sólo puede darse en los laberintos infinitos de los libros. En 'Lo que falta', su último libro de relatos, el autor abunda en el modo en que creó el libro: «Algunos relatos tratan de extender ideas que me sedujeron cuando las leí. Otros, como 'Manual...', son mi personal forma de abundar en algún problema que no he sabido responder. Otros sólo imitan un tono o una atmósfera, siempre algo que no termino de comprender. La mayoría de los cuentos se pueden leer como ejercicios fallidos de crítica literaria». El lector siempre agradece estas indicaciones porque le abren un carril por donde dirigir su atención pero deberían no hacer mucho caso al autor pues estos cuentos son eso y mucho más pues es escritor de recursos muy variados, de maravillosas manías, como la de salpicar algunos textos de árabe y chino, lenguas que domina, y además de fijar sus historias en sitios extraños, alejados de cualquier atisbo de sentido, lo que otorga un aire irreal a sus historias.

Lo que falta
Munir Hachemi
Periférica, 2025
201 *páginas*
19 *euros*
E-book:
12,99 *euros*
★★★★☆

EMPLEA LA INTELIGENCIA en elucidar a veces cosas que se nos antojan poco dignas de atención, de lo que nos arrepentimos inmediatamente porque el autor plasma allí mundos que no habíamos previsto. Ya digo: una literatura de límites, en el sentido de fronteras. Así, estos once cuentos se presentan con una variada composición y unas tramas tan distintas que sólo la fascinación por Borges, por ejemplo, que puede hallarse en cualquier relato, o los guiños a la literatura china, a los modos de vivir árabes de 'Las mil y una noches', actuarían al modo de un bajo continuo. En 'Ispahán': «Recuerdo que mi padre una vez me contó la historia, seguramente falsa, de un prisionero que descifró el universo a través del dibujo del lomo de un tigre» o el juego que se trae en 'Los sinólogos' con un Quijote chino: «Me recordó a aquel famoso personaje de Lin Shu, Tangjihede que enloqueció de tanto leer novelas de caballerías»... Algunos de estos cuentos rozan la distopía, como en 'Porras DEI' que, sin embargo, está escrito casi como un reportaje, pero todos tienen en común cierta propensión a lo terrible mezclado con un aire metafísico fascinante como en el referido 'Ispahán' donde se incide en una cartografía de los Sonidos del Silencio un poco al modo hippy que termina transformándose en un relato de terror o 'La ventana', un relato muy literario y que sin embargo es puro cine... un libro de relatos más que notables. ■

Munir Hachemi

ELIZABETH TAYLOR: UNA NOVELA HOSPITALARIA

Crepuscular obra gerontológica de la autora donde **el eclipse de las vidas** a menudo apenas oculta verdaderos agujeros negros

Prohibido morir aquí
Elizabeth Taylor

Libros del Asteroide 2025
236 *páginas*
20,95 *euros*
★★★★★

RODRIGO FRESÁN

Elevemos todos una tan piadosa plegaria por Elizabeth Taylor (Reino Unido, 1912-1975) quien –como tantas otras escritoras de su generación injustamente opacadas por el gran resplandor– hizo lo suyo entre los soles de Virginia Woolf e Iris Murdoch. Y –para colmo de injustos males– lo hizo con y bajo semejante nombre. Hagan la prueba y googleen Elizabeth Taylor y ya bien supondrán quién sale. Y, sí, Elizabeth Taylor ni siquiera se escudó en el Coles de soltera o en el Dorothy Betty en su partida de nacimiento (que cambió porque lo odiaba). Así, consiguió que la llamasen Elizabeth y al casarse todo se complicó con el boom del boom de la actriz.

Aún así (llevando vida de institutriz y bibliotecaria y esposa y madre de provincias escribiendo en sus ratos libres; una abundante correspondencia publicada luego de su muerte puso más que de manifiesto su para casi todos desconocida altura y sofisticación intelectual; lo que no impidió que un biógrafo rechazara escribir su vida argumentando que «no le pasó nada») insistió en bautizar así a doce novelas y cuatro colecciones de cuentos. Obra alabada como uno de esos tantos secretos a voces y amada por creciente secta de lectores y colegas (Kingsley Amis, Hilary Mantel, Philip Hensher, Sarah Waters, Anne Tyler; y, desde aquí, me permito recomendar mi favorita: 'Ángel', de 1957, con su casi monstruosa y letraherida heroína). «Elizabeth Taylor es muy conocida por no ser conocida», ironizó alguien.

Y, como puerta de entrada, vuelve la considerada gran obra maestra entre sus otras obras maestras: 'Prohibido morir aquí' (de 1971, alguna vez traducida y hoy inhallable como 'El hotel de Mrs. Palfrey'). Y esta –en su momento finalista del Booker, Taylor jamás recibiría un premio; y a la que 'The Guardian' no hace mucho incluyó entre las cien mejores en lengua inglesa de todos los tiempos– se ubica en ese subgénero de ficción británica: la crepuscular novela gerontológica en la que el eclipse de las vidas a menudo apenas oculta verdaderos agujeros negros. Allí se hospedan joyas como 'Memento Mori' de Muriel Spark (contemporánea también algo injustamente velada), 'Los viejos demonios' del aquí ya invocado Kingsley Amis y, más recientemente, toda esa generación de 'cozy misteries' de Richard Osman y sus epígonos transcurriendo en residencias para ancianos con una curiosa facilidad para resolver asesinatos en memoria de Miss Marple (y mejor no perturbar a todas esas series y películas con viejas glorias que alguna vez supieron ser fragantes Romeos y Julietas).

Elizabeth Taylor // ABC

Cadencia chejoviana

Y allá y viene, en los años '60s, la dubitativa viuda Laura Palfrey decidiendo hospedarse y pasar sus últimos días en el casi espectral Hotel Claremont entre más o menos iguales que se tambalean entre lo defectuoso y lo exótico y lo tragicómico (a destacar las muy austenianas Lady Swayne y Mrs de Salis o ese casi cameo de esa actor norteamericana: una tal Mrs. Burton, ya saben) más o menos conscientes de que no solo no les queda mucho tiempo sino que los tiempos están cambiando sin vuelta posible.

Y de pronto –entre una primera y última caída de su protagonista– entre en escena el elemento extraño que todo lo altera: Ludo Myers, escritor 'in progress' y súbito 'nieto' de Mrs Palfrey. Pero –y esto es lo interesante– nada sórdida o escandaloso surge de esta relación sino lo contrario: una alegría inesperada en el adiós y la bienvenida felicidad de una vocación cristalizada. Todo con una cierta cadencia chejoviana.

En 1973, el novelista Paul Bailey publicó un encendido elogio de Taylor buscando hacerle justicia en el 'New Statement' recibiendo, días después, una tan agradecida como renuente carta donde se leía: «Sentía que, pasado tanto tiempo, mis libros habían caído en un pozo y ahí yacerían por siempre jamás».

Aquí y ahora, una vez más, la renovada oportunidad de coger pala y cavar y reencontrar un hospitalario tesoro. ■